

LA VIEIRA, SÍMBOLO JACOBEO

Ramón López Vázquez

¿Ha ido el mundo a peor? Seguramente nunca ha estado mejor. ¿Es el mejor de los posibles? A simple vista no parece. ¿Es perfectible? Y tanto.

Este año el ciclo de conferencias programadas por la Archicofradía Universal del Apóstol Santiago coincide con el Año de la Misericordia. Probablemente el primer año jubilar temático de la Historia de la Iglesia.

¿A qué urgencias responde su convocatoria?

En la mente del Papa Francisco, y según la Bula de la proclamación, al panorama de violencia y de guerra de todos contra todos que cada día nos ofrecen los medios de comunicación: pueblos enteros que huyen de la guerra, la miseria y la persecución; bárbaros por doquier que destruyen el patrimonio cultural milenario de la Humanidad.

Los mártires de ahora mismo no son sólo los perseguidos y muertos por razón de sus creencias; lo son también todos los que sufren por razón del odio y de la violencia.

Clamar por e invocar las obras de Misericordia de la religión cristiana como antídoto social a tanta inhumanidad parece de sentido común.

Dar de beber al sediento, de comer al hambriento o consolar al triste, para el cristiano es la forma de hacer presente aquí y ahora al Dios en el que cree. Para los cristianos, las obras de misericordia antes que derechos naturales son exigencias de su Dios misericordioso. Al sediento se le da agua no porque tenga derecho a ella, que también, sino porque es un mandamiento debido al credo que profesa. Como es sabido, y miles de veces repetido, los tres pilares de la cultura occidental son la antropología griega, la ley romana y la caridad cristiana. Cuando en Compostela el Papa elevó el tono de voz para decir: “Europa sé tu misma”, estaba reivindicando la necesidad de volver por sus raíces, de revitalizarse y mantenerse fiel a las fuentes de donde brotó.

En Compostela el Año de la Misericordia hay que asociarlo con las peregrinaciones de cada día; con los miles de gentes anónimas que entran por la puerta santa llegados de los más insospechados lugares. Y ambos, Misericordia y Peregrinación, con el mandamiento principal de la religión traída a España por el Apóstol Santiago el Mayor.

Desde el momento del descubrimiento de sus restos (s. IX), el orbe católico acudió a Compostela a adorar y rezar sobre su tumba; desde el primer momento el apóstol Santiago el Mayor se identifica con Santiago peregrino. Popularmente, la imagen que identifica a Santiago es la de peregrino. Desde el primer momento a quien por voto, devoción, promesa, encargo o manda testamentaria acude a venerar sus restos se le llama peregrino.



La cantidad de peregrinos hizo necesaria una iglesia de gran capacidad para albergarlos (s. XI) y, a su vez, de un camino de tierra bien cartografiado (s. XI) para conducirlos desde todos los rincones de la Europa cristiana sin perder la referencia compostelana. Si a la cantidad añadimos las formas diversas de sentir y vivir el camino por parte de los peregrinos entenderemos la necesidad de un libro que responda el qué, al cómo y para qué de la peregrinación a Compostela. Este libro se conoce con el nombre de Calixtino o Liber Sancti Jacobi (s. XII). Es un libro para “andar y ver”, pero sobre todo para asistir de forma pausada al milagro de descubrir la condición de peregrino de todo ser humano. El Libro primero, de los cinco que compila, es la confirmación de que en Compostela se manifiesta de forma bien visible la idea común a

toda la Biblia: la fe en Dios se reifica en forma de peregrinación hacia la tierra prometida llamada reino de Dios en el NT.

Tenemos, pues, los tres elementos materiales básicos de todo santuario de peregrinos: una Basílica que custodia las reliquias en este caso de un Apóstol, y de un Apóstol especial, uno de los tres preferidos del Maestro y decidido misionero a la hora

de expandir el mensaje de la nueva religión, un camino y un libro fundacional.

La primera reflexión sobre el santuario jacobeo ha de versar sobre la pregunta para que se peregrina a Compostela? Para redimir culpas propias o ajenas.



A tal efecto en la Basílica se dispone toda la nave de la epístola para facilitar la confesión de los peregrinos. Numerosos confesores políglotas, “linguaxeiros” dice el Calixtino, con poderes para perdonar incluso los pecados reservados al Obispo y al Papa. Los letreros “pro linguis germanica et hungarita”, “Pro lingua británica et gallica”, demuestran que la catedral compostelana entre los siglos XI-XIV era el confesionario europeo. Una noche de oración y vigilia en el triforio, la misa al amanecer y la comunión, el rito de colocar la mano sobre la columna de mármol del Pórtico al mismo tiempo que en la propia conciencia se activan los tres deseos más queridos e íntimos de cada peregrino, la adoración de las reliquias que albergan las distintas capillas laterales





conforman el ritual seguido dentro de la Catedral. Naturalmente la adoración y la oración sobre el sepulcro apostólico es el punto central del programa. Los cánticos corales al entrar por el Pórtico en “procesión devota” y el funcionamiento del Botafumeiro marcaban el inicio y final de la propia conversión colectivamente compartida dentro de la Catedral.

Para el Calixtino el santuario jacobeo lo es de pedón, de milagros y exaltación del culto a Santiago; por eso el abrazo al Apóstol lo es de agradecimiento.



¿Y que decir del Camino? Que está diseñado para quienes realizan la peregrinación como un ejercicio espiritual en el que poner en práctica las tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad. Todo o casi todo en el camino de Santiago es trino y uno: Si tres son los elementos materiales —La Catedral, el Calixtino y el Camino— para peregrinar a Compostela, igualmente tres son los conceptos para comprenderlos. Si tres son las representaciones iconográficas de Santiago —la de Caballero cristiano, Peregrino humilde y Apóstol sedente, que con tanto resplandor brillan en el retablo del

altar mayor de la Basílica—, tres son los símbolos materiales desde los cuales es preciso entenderlas.



En efecto, la comprensión de la peregrinación a Compostela comporta el camino del cielo hecho de estrellas, el de la tierra y la concha vieira.

El “camino de las estrellas” al que los griegos dijeron Galaxía y los latinos Vía Láctea interesó a todas las civilizaciones; para los cristianos son las almas que van en procesión camino del paraíso en medio de una inmensa oscuridad; también comporta transcendencia y admiración; a su luz el futuro resulta comprensible y ordenado. Está por encima del hombre para su deleite, para iluminar sus días y noches, para que desde la tierra la humanidad entera cante “Gloria a Dios en las alturas”. La fe, la vista al cielo, y adelante!, son las formas de responder del peregrino a Compostela a esa iluminación que baja directamente del cielo a la tierra.

Y en la tierra, el peregrino jacobeo imita el celeste por el norte de España y le da el nombre de “Camino francés”. El mismo Santiago se lo hizo ver en sueños a Carlomagno. Desde entonces, el peregrino compostelano cuando abandona su casa lo hace con la esperanza de ir al encuentro de aquéllo que le falta y desea alcanzar. La esperanza es la virtud propia del jacobita. La esperanza siempre acompañada de la meditación cuando se pregunta si el cielo estrellado sobre su cabeza es un amigo o un enemigo para sus proyectos personales.

Me atrevo a afirmar que la actual masificación de peregrinos camino de Compostela responde precisamente al afán de contacto e inserción del ser humano con el cielo y con la tierra, paradójicamente, en una época dominada por la técnica. La ciencia positiva proclama que del cielo y la tierra, en definitiva de la materia y de la

energía, desconocemos más de lo que conocemos. Al mismo tiempo las ciencias humanas insisten en que los elementos invisibles de la naturaleza humana y no humana son los más decisivos para entender y regular los comportamientos observables de los humanos.

La vida de cada día de cualquier ciudadano, el reencuentro con alguien que se alejó sin razones conocidas, lo que de especial unas personas tienen para otras, las leyes naturales y los derechos humanos, son decisivos para comprender la vida social e individual a pesar de caer fuera del alcance de los ojos de la cara.

Los diseñadores del llamado nuevo humanismo tales como Heidegger, Ricour, Scheler, Levinas, Habermas, Rahner y otros reclaman como decisivo para la comprensión de un humanismo a la altura moral del siglo XXI la importancia decisiva de los otros en la constitución de la persona humana. El prójimo, la dimensión social del ser humano, la mutua relación entre el yo y el tú, entre el hijo y los padres, el nosotros como segundo vientre en el que como los canguros terminan de madurar, la imposibilidad de vivir de un recién nacido sin la ayuda de los tutores, la educación intergeneracional como forma de transmitir la cultura de padres a hijos, el aprendizaje como forma de aumentar los recursos en orden a responder a las exigencias siempre crecientes del futuro, son las ideas sobre las que gira el nuevo humanismo del siglo XXI. Entre tantos robots y artefactos electrónicos aparecen las necesidades del cielo, de la tierra y, sobre todo, de los valores prescritos por el amor fraterno de la religión cristiana.

Al gen egoísta y antisocial contraponen los diseñadores del nuevo humanismo el amor como decisiva razón en el proceso de hominización y en el de la humanización creciente de la especie humana.

Y en esto coinciden los humanistas con los biólogos. El ser humano nace sin terminar, inacabado, los sistemas nervioso, enzimático, inmunológico, cerebral, etc. necesitan del amor tutelar para alcanzar el grado de madurez suficiente para iniciar por sí mismo la lucha por la vida.

La conclusión que de filósofos, psicólogos, sociólogos y biólogos de mentalidad existencialista del último tercio del siglo XX podemos derivar que el ser humano en lo más entrañable de su existencia, en su personalidad moral y en su carácter psicológico, incluso en el acabado de su armazón físico, está esencialmente constituido por el prójimo, sobre todo por los que en los primeros años de vida le dieron de mamar. Digamos en román paladino que la existencia humana es fruto de la solidaridad de los otros para con uno y viceversa.

Como símbolo común a los tres conceptos que someramente acabo de indicar — Misericordia, Camino de Santiago, Nuevo Humanismo— me valdré de la concha como



Tomado de <http://descafeinadosobre.fi>

distintivo inequívoco de todo lo que de vida práctica implica peregrinar a Compostela. Ya en el siglo XII se fabrica en metal y azabache. La cofradía de los Concheiros, nacida a finales del s. XI, alcanza máximo poder durante los siglos XVII y XVIII

merced al gran negocio de las conchas y a la elaboración de objetos para el culto litúrgico de las abundantes iglesias compostelanas. En 1200, siendo arzobispo de Compostela Pedro Suárez de Deza, se regula su comercialización; en 1230 se le concede al gremio de los Concheiro el monopolio de la fabricación y de la venta no sólo de las conchas artificiales sino también de las naturales; se penaliza con excomunión a

quienes la fabricaren o vendieren fuera de la ciudad de Santiago. De la facturación total, el 33% correspondía al Cabildo en calidad de renta. Naturalmente, las fabricadas con plata, cristal negro (azabache) e, incluso, marfil, eran las más caras.

Varias veces el Calixtino habla de la vieira como un marisco muy abundante en el mar próximo a Santiago; consta, dice el Liber Sancti Jacobi, de dos conchas, plana una, convexa la otra, que esconden un molusco semejante a una ostra. Las dos conchas están anatómicamente diseñadas al igual que los dedos de una mano: confluyen en un mismo punto y mutuamente se refuerzan para de forma conjunta ejecutar las buenas obras: para el autor anónimo del Calixtino, las dos conchas simbolizan los dos preceptos básico de la religión cristiana: al amor a Dios y al prójimo por Dios. De la confluencia de las dos manos de cada humano en la práctica del bien y sin mirar a quién sale la llama de fuego al rojo vivo que los pintores y escultores consagraron como símbolo de la caridad fraterna.

La Epístola de Santiago afirma taxativamente que la fe se muestra en los hechos. De faltar estos, ella está muerta.

De estas dos fuentes podemos concluir que la fe, la esperanza y, también, el esfuerzo que acompañan durante el camino al peregrino a Compostela tienen que hacerse visibles y convertirse en obras de misericordia.

Desde el primer momento la concha fue el emblema que acreditaba la condición de peregrino en ruta de vuelta de Compostela; no es ningún signo cabalístico, venéreo o telúrico, sino algo ligado a la iconografía cristiana merced al culto jacobeo. En el siglo XIV le sustituye la vigente Compostela como credencial personal acreditativa de haber peregrinado al indicado santuario apostólico; en el XV el Cabildo la asume como símbolo propio.

Individualmente o en grupo, los peregrinos antes de partir recibían del párroco o del obispo en la iglesia local el bordón y la esclavina. Cuando volvían llevaban cosida a la esclavina la concha vieira.

Se compraba en la Plaza del Paraíso, que entonces era el atrio de la Catedral, y estaba contigua a la Puerta septentrional o de la azabachería, la de entrada para los franceses para el Calixtino, pues, la “vieira”, “concha” o “venera”, en latín “crusilla”, es el símbolo del servicio que unos peregrinos han de prestar a lo otros y, por extensión, de



la fraternidad cristiana para con todo ser humano

La peregrinación a Compostela, según el Calixtino, comportaba riesgos de todo tipo;

antes de salir al camino muchos testaban por si la muerte les sorprendía; sólo la certeza del auxilio de otros peregrinos y de las instituciones creadas para socorrerlos en caso de necesidad les ofrecía seguridad; por eso caminan mayoritariamente en grupo según la nación de procedencia.

La vieira, pues, es símbolo de fraternidad entre peregrinos vivos, entre peregrinos vivos y muertos, y también de la solidaridad del peregrino para con todo ser humano. Para decirlo con una sola palabra, la vieira es en la cultura jacobea el símbolo del amor cristiano; es decir, el principio activo que gobierna las actitudes entre los humanos sin esperar a cambio más réditos que no sea más amor de los otros para con uno. La concha semicircular tanto en su parte cóncava, de color rojo, como en la convexa, de color blanco, simboliza la mano como materia común de la que los

humanos estamos hecho, como símbolo bien simple y de fácil comprensión del mandamiento al que todas las teorías y praxis de la religión cristiana han de subordinarse. No es necesario leer en san Juan que “Dios es amor”, ni en san Pablo que “los cristianos deben amar”; con la vieira a la vista fácil es concluir que detrás de esa rosa mística hecha de granito, omnipresente en la Compostela eterna, está la idea de una visión del mundo donde todos somos fruto del cuidado de los otros.



Mi definitiva conclusión es que el Camino de Santiago hoy como en sus inicios es un espacio idóneo para rezar, pensar y servir. De ello dan testimonio la iconografía, la literatura, el arte, la escultura, la arquitectura, las instituciones sociales, el peregrino que coloca en las partes más visibles de su hábito la llamada “pectea jacobea”, símbolo inequívoco del mensaje de solidaridad a la vista.

Que así se entendió la peregrinación a Compostela desde los primeros momentos lo prueban las obras encaminadas a facilitar la peregrinación y a proteger los caminantes. La construcción de hospitales, albergues, hospederías, puentes, también capillas e iglesias, a lo largo y ancho de la ruta jacobea son consecuencia de la caridad para con los peregrinos. Los monarcas cristianos dictaron leyes protectoras, fijaron privilegios para quienes exhibieran los símbolos de peregrino compostelano; los Papas promulgan bulas declarando el santuario compostelano como lugar privilegiado para el ejercicio espiritual de vida cristiana; las órdenes religiosas, sobre todo Cluny, fijan en sus reglas la caridad social dentro de sus monasterios para con el peregrino a Compostela; los príncipes y nobles colaboran en la construcción de puentes para evitar riesgos y penalidades a la hora de cruzar un río o bordear un precipicio; la Orden de

Santiago tiene como objetivo construir puentes; Santo Domingo de la Calzada fue santo por ser constructor de puentes; puentes y hospitales son los servicios que los Templarios y Hospitalarios consideran prioritarios en la ayuda al peregrino.

La idea que dirige y motiva toda esta labor de intendencia viene de la identificación que el Calixtino hace entre el peregrino y el Apóstol; las manos y las obras del peregrino son las de Santiago; quien, al cabo, va camino de Compostela es el mismo Apóstol. Quien trate bien o mal al peregrino lo hace con el mismo Apóstol; el peregrino injustamente condenado a morir ahorcado, el Apóstol lo substituye y mantiene vivo porque siempre protege a quien se dirige a su tumba. El Apóstol es el primero en dar ejemplo de lo que con claridad escribió en su Epístola: “La fe se muestra con los hechos”.

Ante esta idea, los poderes cristianos se conjuran para crear a lo largo del Camino todo un conjunto de servicios destinados a acoger, asistir y defender al peregrino con la nota distintiva de que todo servicio era gratuito. El sostenimiento de las personas e instituciones corría a cargo de los fundadores.

¿Cuál ha sido la suerte de la vieira como símbolo del peregrino a Compostela? En este renacer de peregrinos por los Caminos de Santiago la vieira está en todos los rincones. En la señalización de los seis itinerarios oficialmente reconocidos como camino de Santiago figura sobre fondo azul al lado de las flechas amarillas. En Madrid y para el resto del mundo se han creado la “Enxebre Orde de la Vieira” y la “Asociación Cultural de la Vieira” para reconocer y honrar a quienes en los cuatro continentes hacen obras por amor a Galicia. Cada ruta que encamina al peregrino hacia Compostela tiene su grupo de presión para conseguir pasos elevados o subterráneos que hagan compatibles caminar a pie y desplazarse a grandes velocidades. Como otrora ocurrió

con el Cabildo, el negocio de la vieira la lleva a estar presente en muchas contiendas que poco tienen que ver con la caridad y mucho con la rentabilidad económica.

No. En la Edad media el peregrino no pertenecía a ninguna orden religiosa, no tenía reglas que observar ni constituciones que defender; sólo disponía de ropa y calzado que facilitarían mirar al cielo y seguir de camino, y la vieira como distintivo de jacobita en ruta. Pero como el hábito no hace al monje el peligro para el símbolo de la vieira hoy radica en que no signifique caridad sino negocio. Las organizaciones políticas y comerciales quieren gestionar el fenómeno socio-religioso de los cientos de personas que acuden a la Catedral compostelana como un fenómeno turístico cualquiera, cada alcalde quiere un camino por su municipio y una puerta santa en su ciudad abierta día y noche. El Camino es un icono mundialmente conocido; convertirlo en negocio equivale a negarle su propia naturaleza, de la misma forma que desnaturalizamos el vino cuando le sacamos el alcohol o los aromas. Así, en los siglos XVII y XVIII pasó de ser símbolo del peregrino a ser marca de propiedad de muchas casas de la ciudad de Santiago al Cabildo; en efecto más de ciento cincuenta casas de las rúas antiguas santiaguesas muestran en dinteles y jambas el símbolo de la concha generalmente acompañado de la abreviatura STO. Ello demuestra como la vieira pasó de ser símbolo de peregrino que vuelve a su lugar de origen, a serlo de todo peregrino, de pertenencia al cabildo y, al fin, de todo lo referido a Santiago e incluso a Galicia. La cadena de supermercados Gadis tiene la vieira como símbolo de productos gallegos que generan riqueza y empleo.

Tampoco puede ser hoy la vieira distintivo de turista gustoso de contemplar edificios románicos en buen estado de conservación. Menos aún, vagabundo que procura soledad y experiencias insospechadas. La mayoría de documentales sobre el Camino, la película “El Camino”, los escritos de Paulo Coelho, y de Hape Kerkeling,

etc., que tanto han promocionado el Camino de Santiago fuera de España, no dejan claro que se trata de un hecho cristiano nacido de las ideas de transcendencia y solidaridad. Acentuar el espíritu aventurero para concluir con protagonistas que empiezan agnósticos y acaban creyentes o que al final, por lo menos, sonríen ante la propia vida, no deja de ser una manera de olvidar que la concha marina refiere un espacio para hacer amigos y atender a cualquier necesitado que encuentre.

Es preciso que la vieira siga siendo el significante de un mensaje netamente cristiano nacido de las ideas de solidaridad y buenas obras para con los demás y para con uno mismo. Bien es cierto que en una sociedad secularizada, democrática y con distintas respuestas al para qué de la vida, la libertad de elegir una u otra o ninguna es un axioma para todos. Entre los variados modelos de salvación ofrecidos, el cristiano es uno más que comporta consecuencias de orden práctico muy distintas; no es lo mismo ser budista o ateo que cristiano.

Cuando me acerco hacia el final de esta reflexión, quiero volver al principio para recordar que los humanos nacemos incompletos, precisamos un segundo útero, el que nos ofrece la sociedad, y vivimos con muchas interrogantes sobre nosotros mismos; necesitamos leer muchas novelas, muchos libros de biología, de psicología, visitar muchas exposiciones, hablar con otros muchos humanos, para desde las experiencias ajenas irnos entendiendo también a nosotros mismos. Y es en este punto donde la experiencia de hacer el Camino de Santiago ahora mismo debe tener su puesta al día. En otros tiempos los peregrinos escribían guías y diarios. Hoy se envía mensajes, se hacen fotografías, se participa en las redes sociales y se forma parte de las colas que ante la oficina del peregrino se solicita la acreditación de peregrino jacobeo. Y muchos quieren y demandan un certificado personalizado, individualizado, singularizado, con nombre propio y apellidos bien legibles. Nunca como en la actualidad las formas de sentir el

Camino han sido tan diversas; a juzgar por los mensajes de peregrinos anónimos, seguramente tantas como peregrinos.

¿Porqué se amontonan los peregrinos a las puertas de la Oficina del peregrino?

En la petición de una Compostela personal acaso se refleje el convencimiento de que, efectivamente, el resultado de peregrinar a Compostela ha sido conocerse mejor a si mismo. El autoconocimiento, la reflexión sobre los tres deseos mentados con la mano sobre la columna de mármol en el Pórtico, la responsabilidad personal en la conformación de la propia identidad, el difícil acceso al si mismo de cada quien, o lo que en psicología llaman “mismidad” o “personalidad”, serian los nuevos milagros producidos con motivo de peregrinar a Compostela.

También esta perspectiva de repensar la propia vida puede verse simbolizada por la concha. En efecto, las catorce estrías que compone el semicírculo de la parte cóncava de este molusco marino confluyen en el punto de engarce entre los dos escudos. Siguiendo con la parábola de la concha como metáfora de la mano humana que ha de hacer bien, diremos que las buenas obras exigidas al peregrino han de empezar por el mismo; y el primer deber del peregrino para consigo mismo es el de aclarar adónde va, porqué va y para que va a Compostela.

¿Existen otros muchos peregrinos que no reclaman la Compostela? Seguramente porque vuelven tal como salieron de sus casas; seguramente porque el camino no fue un lugar de encuentro consigo mismos, sino una ruta turística para compartir buenas comidas con mejores amigos a precios modestos; seguramente porque nunca se preocuparon por decirse a si mismos como Don Quijote: “Yo sé quién soy”.

Si el Camino de Santiago no se hace para rezar ante la tumba del Apóstol, para pensar y repensar el proyecto de la propia existencia y para ayudar a quien haya menester, entonces la vieira significa marisco y nada más que marisco al que sumar un

albariño helado antes de regresar de una excursión, que no de una peregrinación, a la ciudad de las conchas. Gracias por su paciente atención.